

EL BIEN DE LA PERSONA HUMANA Y SU RACIONALIDAD

La Persona, Ser Llamado a la Libertad y la Felicidad

INTRODUCCIÓN

El concepto de humanismo, el cultivo de lo propiamente humano, se ha ido tornando ambiguo y cada vez se vincula menos con el de ética. Cualquier tendencia con un lenguaje y unos tópicos “políticamente correctos” parece “humanista”. Adoptando la confusión en nombre del pluralismo, se ha rebajado en exceso el humanismo. Tal confusión se ha sumado a la que padece el concepto de bien, debida a las falaces denuncias de “falacia naturalista” y al relativismo de moda. Confundidos y distanciados ambos conceptos, la persona humana queda disociada de su propio bien. Hoy, lamentablemente, *se desdibujan el concepto unitario de persona humana, el de bien y el vínculo entre ambos*. En consecuencia, el vínculo entre el humanismo y el bien de la persona, objeto de la ética, resulta a muchos cuestión escabrosa.

Todo humanismo, aun aceptando cierta pluralidad del término, ha de girar en torno al bien de la persona humana, del ser humano en cuanto persona. Centrar el humanismo en el bien de la persona entraña dos aspectos: el asumir que la persona es el bien principal de la persona, que es fin en sí misma; y el buscar el máximo bien para la persona. *El bien de la persona abarca la persona como bien y el bien para la persona*.

Conocer la verdad de la persona es ante todo conocer su bien. De ahí que, como veremos, antropología y ética sean disciplinas concéntricas. Nuestro estudio intenta esclarecer el sentido de *una ética humanista en un marco de antropología humanista*. Consistiendo lo humanista en el cultivo de lo propio del ser humano, que no es sino lo personal, nuestras ética y antropología humanistas no

pueden más que estar centradas en lo personal del humano. De ahí que puedan llamarse “*personalistas*”.

Además, lo que en otra época habría parecido tarea innecesaria, cobra hoy un carácter de urgencia. Necesitamos argumentar la racionalidad de la ética. Ya por demás se ha usado la razón contra la propia razón, sobre todo contra lo más racional del hombre, su discurso sobre su propio bien. *La racionalidad del bien es el mayor bien de la racionalidad.*

Racionalidad no significa racionalismo, ni omnisciencia ni dogmatismo. Pero una auténtica racionalidad en dicha materia, no puede ser superficial, casuística ni enfermizamente titubeante o “débil”. La razón humana es frágil, como todo lo humano. Tropieza, cae y se levanta una y otra vez hasta llegar a remontar el vuelo. A lo largo de milenios algo hemos aprendido, aparte de desconfiar de nosotros mismos y de construir ingenios. La racionalidad implica no carecer de fundamentos ni de una colaboración científica interdisciplinar. En especial, *la ética, dada la hondura misma de su objeto, o es profunda y fundamentada o no es ética.* Sin su radical racionalidad sólo podría ser algo de lo que hoy tanto abunda, disfrazado de ética en costosas ediciones o en flamantes congresos: diletantismo casuístico, deontologías profesionales corporativistas o erudición bibliográfica expuesta ocurrentemente.

Nuestro objetivo es, pues, *presentar el bien de la persona humana y su racionalidad para mejor comprensión del ser humano y del humanismo.* Ahora, el bien humano, como el propio humano, es dinámico e histórico. Tiene origen y meta, ambos con un sentido. El bien de la persona humana surge en una llamada con cuya respuesta nos movemos y crecemos: la llamada a la felicidad por la libertad. *La persona humana se define por su crecer hacia o en la bondad, crecer que es su respuesta a una llamada a la libertad y la felicidad.*

Empezaremos estudiando *la persona humana*: su concepto, su importancia y su dinámica buscadora del bien. Ampliando este horizonte, nos plantearémos qué es *el bien y los tipos de bienes*. Entonces podremos comprender el bien específico de las personas, *el bien o vivencia moral*, y la disciplina que lo estudia, *la ética*. El siguiente paso será el de *fundamentar metafísica y antropológicamente* dicha disciplina, sin olvidar *el respaldo que recibe de numerosas ciencias*. Concluiremos abordando el equilibrio entre *pluralidad y unidad de la ética*.

Entiéndase bien la lógica de nuestro discurso. Por un lado, nos acercamos a la persona humana para *entender al humano en cuanto persona*, lo más humano de él. Por otro, abordamos el bien para *reconocer la supremacía del bien moral o personal* sobre los demás tipos de bienes. Precisamente, el bien de la persona humana es el bien moral. En él *confluyen los conceptos de persona humana y de bien, la antropología y la ética*, dentro de un común contexto ontológico

o metafísico. Así, al profundizar más en el bien moral, el bien de la persona, *alcanzamos la plena racionalidad de la ética*: la fundamentación antropológica y metafísica de la ética. Gracias a la cooperación de las ciencias particulares la unitaria racionalidad fundamentadora se ve concretada y aplicada en los diversos campos de la vida humana. La fundamentación junto al interdisciplinar respaldo científico, lejos de cerrar horizontes, permiten *una equilibrada visión entre lo que es unitario y lo que es plural tanto en las vivencias morales como en los estudios éticos*. El bien de la persona humana mantiene su unidad en torno a la unidad de la persona, mas se concreta en multitud de bienes y se entiende desde diversas perspectivas experienciales y teóricas.

1. TODO HUMANO ES PERSONA

1.1. EL CONCEPTO DE PERSONA

Cuando hablamos de “*personas*”, nos referimos al grupo de seres que se distingue por su inteligencia y voluntad. Normalmente nos referimos a los seres humanos. Desde niños utilizamos a veces la figura literaria de la personificación: hacemos hablar a un oso, a un árbol o a una montaña. Pero, dejando aparte las licencias de nuestra imaginación, ni el oso, ni el árbol ni la montaña son personas. Aunque merezcan respeto, no consideramos “*personas*” a animales y plantas, porque les falta nuestra racionalidad y voluntad, que nos permiten ser libres. *Entre los seres vivos de esta tierra son los humanos a quienes hemos de considerar personas: sólo los humanos y todos los humanos.*

1.1.1. Es importante recordar **el origen histórico de nuestro concepto de persona**. Etimológicamente, “*persona*” empezó significando en latín la máscara teatral de un personaje, que incluía un pequeño altavoz. Los clásicos latinos usaban tal palabra para expresar “*personaje*”, “*carácter*”, “*cargo*”. Ahora bien, el término acuñó su gran dignidad cuando en los primeros siglos de nuestra era los pensadores cristianos buscaron cómo expresar el misterio de Dios y tomaron el término “*persona*” para elevarlo a la dignidad divina. Cada una de las tres entidades que conforman la unidad divina, fue denominada “*persona*”: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En el pensamiento cristiano el hombre es creado por Dios a su imagen y está invitado a ser hijo de Dios. El parecido personal entre el hombre y el Dios judeo-cristiano consiste en la inteligencia y la voluntad que nos hacen libres. *En virtud de tal semejanza con Dios-persona todo ser humano resulta elevado a la alta dignidad de persona.*

En un estudio filosófico como éste no entramos a declarar si es o no cierta tal afirmación. Tampoco posiciones filosóficas contrarias pueden comprobarse científicamente. Pero queda claro que tan extendida convicción es de un insuperable optimismo humanista. Más no se puede ensalzar al humano, pues se le considera persona a imagen de Dios e hijo de Dios. En cualquier idioma y cultura lo divino es lo máximo. *A esta máxima altura nos eleva la tradición judeo-cristiana. Y no hace los distinguos o discriminaciones pretéritas. A nadie excluye.*

Muchas personas no son cristianas o ni si quiera religiosas, pero se ha generalizado este legado de valorar a los seres humanos como personas. Precisamente usamos la palabra “persona”, para resaltar nuestra dignidad máxima y los derechos que nos son propios, es decir, lo más humano de nosotros. *La dignidad personal reconocida a todo ser humano es el punto de partida de todo humanismo auténtico, sea religioso o no.* Y, dado que la ética humana ha de partir del humanismo, la dignidad personal es el punto de partida de toda ética auténtica.

1.1.2. Conocido el origen histórico del concepto, **¿qué entendemos hoy por “persona”?** Se emplea en varios campos, como el teológico y el jurídico. Aquí importa el fundamental sentido antropológico-ético: ¿qué significa persona humana? Es inagotable lo que se puede descubrir y decir del misterio que entraña la persona humana. Pero, en síntesis, concebimos *la persona como la unidad sustancial libre*. Tal unidad sustancial libre, de carácter espiritual, al ser humana es encarnada, o sea, sustancialmente corporal. *La persona humana es el espíritu encarnado*. Como *unidad* es irrepetible, única y armónica. Sin negar la rica variedad de su composición, por encima de ésta resalta su unidad. Además, es una *sustancia*, es decir, no se reduce a un mero accidente, a algo circunstancial o plenamente dependiente para existir y desarrollarse. Ahora, es *la libertad* lo que a la persona distingue de toda otra unidad sustancial. La persona humana es el único cuerpo, el único animal, íntimamente libre. Para nosotros es muy importante la libertad, pero ¿nos es claro su significado? ¿Sabríamos salir de algunos tópicos?

El humano nace persona. Esto quiere decir que nace libre, que su naturaleza es libre. Nadie se la tiene que otorgar y nadie se la puede quitar, porque es suya. La libertad, insita en la voluntad inteligente, es el principal don con el que es concebido y nace todo ser humano. No viene desplegada o realizada. De lo contrario, ya no sería ella misma. Pero, de partida, viene dada a todos los humanos, aunque algunos no la desarrollen. Por eso, todos son personas. Si no se nace humano, no se puede ser verdaderamente libre. Los animales no domésticos campan a sus anchas, se mueven libremente, pero carecen de una libertad interna, de libre albedrío. Si nos dejaran desplazarnos por la selva, pero sin poder pensar y decidir sobre el sentido de nuestra vida, no se respetaría nuestra libertad. Así pues, *la libertad es el don primordial y específico de la naturaleza humana por el que*

orientamos el sentido de nuestra vida. Gracias a él todos los humanos somos personas.

Como decimos, la libertad es don, pero no sólo don. Es el desafío entregado a nuestra voluntad inteligente para que en medio de las cambiantes dificultades de la vida se desarrolle y madure creativamente. Nuestra voluntad inteligente responde a tan gran desafío, se hace responsable. El desafío de la libertad exige, sin cesar, toda nuestra inteligencia y capacidad de sacrificio. No se nos escape ninguno de estos dos aspectos: como la vida misma que nos es dada, *la libertad es don, mas también es responsabilidad*. La persona responsable acoge cada día el don de la libertad a fin de discernir sobre lo que se le presenta. Una vez que ha discernido, sacrifica lo no elegido, aunque sea muy atractivo. *Sin una prudente capacidad de sacrificio no existe vida moral, porque no hay responsabilidad.*

El desarrollo de la libertad no es un camino hacia ninguna parte, sino hacia la felicidad. *La libertad es el don ante el que responder para ser feliz*. Tal don y tal responsabilidad son tan amplios, que abarcan toda la duración y profundidad de nuestra vida. La libertad se desarrolla como *el conducir la propia vida en un sentido globalmente plenificador*.

Todo humano es persona y posee el don y la responsabilidad de ser libre. Pero no todo lo que hay en un hombre o mujer es específicamente humano. Compartimos la mayor parte de nuestro código genético con otras especies animales. Y muchas veces no queremos o no podemos actuar como auténticos seres humanos. Cuando esto ocurre, decimos que no nos comportamos "como personas". En fin, todo humano es persona, pero no todo lo que hay en una persona, manifiesta la dignidad personal. La persona es un ser misterioso porque es libre. Fijémonos. Por un lado, *todo ser humano nace con la dignidad de persona, por el hecho de ser humano*. Por otro, *cada ser humano se tiene que ir haciendo, sobre todo en lo personal*. El crecimiento en los aspectos no típicamente personales se produce de modo bastante mecánico, como el crecer de nuestro cuerpo. En cambio, la maduración de lo personal es lo que requiere nuestro protagonismo creativo y, muchas veces, esforzado.

En efecto, el humano, con su libertad, nace y se hace. Ya los griegos decían que el humano es un microcosmos, una síntesis del universo. En nosotros hay realidad mineral, vegetal, animal y espiritual. Lo que nos distingue, nuestro espíritu, se manifiesta en su categoría de persona. En síntesis, *el ser humano es un ser concebido y nacido como persona, por lo que puede desarrollarse como persona durante toda su vida*.

Ahora, no es sólo que todo humano es siempre persona en crecimiento, sino que además lo más humano de nosotros es lo personal. *El humano es ante todo persona porque es ante todo un ser moral, un ser llamado a la libertad*. Primero,

como *objeto de supremo respeto y atención debidos a su dignidad*. En segundo lugar, como *sujeto que se desarrolla principalmente viviendo de modo activo ese respeto y atención máximos a las personas*. Desde que somos concebidos como personas, nada debemos ni podemos hacer para dejar de ser tratados como personas.

La persona humana es crecimiento hacia la bondad o en la bondad, sobre todo de tipo moral. Por esto, *los humanos que aún no o que ya no pueden decidir como sujetos morales, son igualmente personas*. Los unos, porque están creciendo hacia la bondad, hacia su capacitación moral. Los otros, en cualquier caso, porque, en cuanto humanos son objeto de tratamiento moral. Son las situaciones de los niños pequeños, de los embriones y fetos humanos y de los impedidos psíquicos. Todos ellos son personas, si bien no manifiestan en plenitud las capacidades humanas. Pero es que ningún humano desarrolla o manifiesta todas sus capacidades humanas, en especial las morales. Cualquier “listón” de rendimientos exigidos sería arbitrario y tan sólo respondería a intereses utilitaristas de los poderosos. Por lo demás, insistamos, todo lo humano es crecimiento en diferentes sentidos, sobre todo en lo intelectual y volitivo, en lo espiritual.

1.2. CONSECUENCIA PRÁCTICA DE QUE TODO HUMANO SEA PERSONA

No pensemos que esto es un mero discurso “teórico”. Tiene gran importancia práctica. *Las mayores injusticias a lo largo de la historia han surgido al no reconocerse la categoría de persona a diferentes grupos de seres humanos que no podían defenderse*: razas discriminadas, mujeres, niños, pobres, enfermos, presidiarios, inmigrantes, etc. Los derechos humanos, que son los derechos de la persona, siempre han existido, pero nunca se han respetado mucho. Todos sabían, por ejemplo, que un negro era humano, pero en la Sudáfrica del “Apartheid” o en la América esclavista los negros no eran tratados como personas.

Hoy esta injusta e ilógica separación entre “humano” y “persona” la aplican algunos poderes a los embriones y fetos humanos. No pueden negar que son individuos humanos, pero les niegan que son personas. Así suponen justificar su eliminación. Otro caso escalofriante es la pena de muerte, que trata a un ser humano como si no fuera persona. Se olvida que lo sigue siendo, aunque, al cometer un crimen, no se haya comportado como tal. No importa lo que se haya hecho o dejado de hacer, ni la utilidad de una persona ni su grado de desarrollo: desde que se concibe un nuevo ser humano distinto del padre y de la madre, tiene todos los derechos de una persona. *El problema es que no se quiere reconocer como personas a algunos humanos debido a que se perjudicarían los intereses de los más fuertes*. Ya la antigua Grecia ante el esclavismo sometió los criterios morales

a los intereses económicos de los potentados. En la actualidad la confusión sobre la relación entre humano y persona es muy grande entre ciertos teóricos y movimientos. Por un lado, niegan la categoría de persona a algunos seres humanos como los fetos humanos, que llegan a tener todas sus funciones orgánicas. Por otro, en cambio, equiparan al rango de personas a algunos animales.

En todo caso, *teórica y jurídicamente reconocemos como personas a muchos humanos, pero en la práctica no los tratamos como personas*. A veces ni a nosotros mismos nos tratamos como personas, cuando nos envilecemos por diferentes caminos. Sí, a veces nos vendemos y no somos fieles ni a nuestros buenos principios, si éstos requieren sacrificio.

Toda la práctica de la vida moral consiste en ser fieles a nosotros mismos siendo personas. La fidelidad a nuestro ser personas requiere el esfuerzo creativo de nuestra inteligencia y el sacrificio de nuestra voluntad. Muchas veces las cadenas son atractivas en un principio y podemos acomodarnos a ellas. El ser persona es un continuo purificarse y liberarse para ensanchar la inteligencia y el corazón, para ser felices contemplando y sintiendo la belleza de la vida.

1.3. LLAMADOS A LA LIBERTAD Y LA FELICIDAD

Ahora bien, además de las cruciales consecuencias prácticas que tiene el reconocer a todo humano como persona, ¿qué más nos enseña este reconocimiento? ¿Qué entraña que el ser humano sea persona? Ya se ha ido indicando. El ser persona es don y tarea, es don para una tarea. Es una llamada o vocación con la que nacemos y que nadie puede desarrollar por nosotros. La llamada a ser persona no es un sinsentido. Se dirige progresivamente a una plenitud que llamamos "felicidad". Hasta cierto punto camino y meta coinciden. La base es nuestra libertad personal, que también es el camino por recorrer para llegar a la felicidad. Ahora, es insensato esperar alcanzar una situación de felicidad perfecta. Como todo lo humano, nuestra libertad en esta tierra es siempre relativa, aunque real. Una parte puede llegarnos ya en el camino, en la medida en que avance nuestra libertad o realización personal. La felicidad no es más que la plenificación de la libertad. Esta plenificación se realiza paulatinamente, en una labor diaria. En tal sentido cabe afirmar que *todo ser humano es persona por ser llamado a la felicidad, que es la plenificación progresiva de la libertad*.

Vemos, pues, que somos personas para ser cada vez mejores personas. Una buena persona es una gran persona. Nuestro ser persona es principio y fin. La persona humana es fin en sí misma y no simple medio o instrumento. No somos ni "mano de obra" ni "recursos humanos", como el capitalismo nos cataloga. Pero

atención: *somos fin en sí, mas no fin por nosotros mismos ni sólo para nosotros mismos*. Existimos y crecemos gracias a lo que de otras personas recibimos; y sólo crecemos como personas dando y sirviendo generosamente a otras personas, tratándolas como fin en sí mismas.

Por ello, *la persona sólo crece como persona, sólo es libre y feliz, viviendo con responsabilidad, comprometiéndose, en una auténtica comunidad de personas*. La comunidad primera es la familia. Sobre la base del valor familiar y espiritual de *la fraternidad* se construye la sociedad política de las personas, que es la comunidad de comunidades. Hoy la moda es hablar casi sólo de “solidaridad”, que a diferencia de “fraternidad” es un concepto impersonal y ambiguo. La felicidad sólo existe si se comparte, y crece cuanto más se comparte. Sólo un amor universal y particularizado de fraternidad permite un compartir sin restricciones.

El carácter de unidad sustancial de la persona excluye los frecuentes colectivismos a los que desde antiguo ha sido sometida. Pero la libertad, aunque parezca paradójico, es a la vez una experiencia sumamente individualizante y sumamente socializadora. La persona más libre es la que se hace más ella misma, en criterios, decisiones y manera de ser propios, y, al unísono, sabe entregarse y colaborar con los demás. *La dignidad personal rehúsa tanto los colectivismos (marxistas, hobsenianos, nacionalistas exacerbados, etc.) como los individualismos (capitalistas)*.

Nos decimos llamados a la libertad, que nace de nuestra voluntad inteligente y que se desarrolla en quilates de felicidad. Pero, ¿captamos mínimamente el alcance de esta llamada? Desde luego, no se limita a construir máquinas o sistemas de producción muy sofisticados. No somos monos muy hábiles, ni máquinas que construyen máquinas. Lo principal de nuestras vidas, con su voluntad inteligente, es que podemos ser profundamente conscientes y responsables de nuestra íntima realidad, del sentido de nuestra existencia y de la de nuestros semejantes. Podemos conocer y decidir no sólo sobre cuestiones de poca monta, como ir al cine o preferir una comida. Llegamos a ser capaces de decidir sobre el sentido global de nuestra vida en el que ser felices. Desplegamos tan imponente capacidad a través de un sinfín de decisiones concretas, como la de comprometernos con unos marginados, buscar un tipo de trabajo o abrazar cierta religión. En pocas palabras: a pesar de los grandes inconvenientes e imperfecciones que nos perturban, *somos inmensamente libres, por lo que podemos ser inmensamente felices*. Es la gran aventura de vivir como personas.

Si de momento nuestras aspiraciones son más modestas, al menos no abdicamos del vínculo entre libertad y felicidad. Insistamos en la unidad de ambas. La libertad no es una aventura sin sentido. Su meta constante es la felicidad. La libertad es un camino abierto. Si no conduce a la felicidad, se corrompe. La libertad se abre a la felicidad, pues no es libertad lo que sólo va destinado a la desgracia. La felicidad es la gran posibilidad de que la libertad avance. La felicidad no es pro-

piamente algo distinto de la libertad. Ni una ni otra son puros conceptos abstractos. La libertad es, en principio, una posibilidad. Se actualiza, se cumple de uno u otro modo. Pero siempre de acuerdo con la verdad, que descubre la inteligencia, y con el bien, que quiere y goza la voluntad. *La verdad y el bien alcanzados concretan la libertad y constituyen la felicidad.* Podemos ser felices en lugares, con personas y en medio de actividades muy dispares, pero el denominador común de nuestra real felicidad es la verdad y el bien profundos que contemplamos y sentimos. Hallaremos en nuestras vidas cuantos ejemplos queramos. Si nos engañamos o equivocamos, si hacemos el mal o nos esclavizamos, ¡qué falsa es la felicidad, qué fugaces los goces y la alegría!

De ahí que *el ser persona humana, y su constitutiva llamada a la libertad y la felicidad, representa al mismo tiempo una vivencia muy subjetiva y muy objetiva.* El ser persona se desarrolla desde la intimidad de la conciencia subjetiva. A la vez, no se aparta de la vorágine del mundo, con su objetividad implacable. En los países consumistas casi todo parece de usar y tirar y se relativizan por igual todos los valores humanos. En estos países se extiende el tópico de que la verdad, la libertad y la felicidad son sólo subjetivas. El único principio reinante parece el de que “cada cual haga lo que le parezca, mientras no moleste”. Se trata de un subjetivismo moral, una versión de la moral del capricho. Pero somos personas humanas y sólo como personas humanas podemos ser felices. Esto no es estrechar el campo de lo que podemos hacer, sino aclarar que lo inhumano nos hace infelices. Si desequilibrado es un objetivismo moral, uniformador, rígido y superficial, también lo es el subjetivismo. Lo deseable es equilibrar la objetividad de lo que es humanamente bueno, con la peculiar y rica subjetividad de cada persona. Cada persona, en su contexto social, a su manera y a su ritmo debe interiorizar y hacer suyos los valores objetivamente humanos.

2. EL BIEN Y TIPOS DE BIENES

2.1. EL SER SE IDENTIFICA BÁSICAMENTE CON EL BIEN

Profundicemos en el sentido más amplio y elemental del bien. En torno a este concepto gira la ética. Merece que no nos conformemos con una noción implícita y ambigua de él. *Respetemos la profundidad filosófica de la ética, que no se limita a una serie de discusiones sobre temas más bien aislados.*

Hemos reflexionado sobre *el concepto de persona, que representa el máximo bien y la búsqueda del bien máximo.* Examinemos ahora el concepto de

bien, su aplicación a toda la realidad y la tipología de bienes y seres. Dentro de esta clasificación de bienes distinguiremos el bien moral, el propio de la persona.

Para todo tipo de realidades hemos utilizado desde pequeños el concepto de “bueno” y el que indica su ausencia, el de “malo”. A veces con expresiones como “me gusta” o “no me gusta”; a veces con un simple gesto. Hay cosas que no nos interesan o que no sabemos valorar, mientras que para otras personas sí son valiosas. Todo es valorable como bueno o malo, al menos desde alguna perspectiva. Todo lo real, todo el ser, es captado según el esquema bueno-malo, con sus diferentes matizaciones, grados y comparativos (“regular”, “óptimo”, “peor”, etc.). Esta aplicación universal del concepto de bien muestra que, en su sentido más básico, el de máxima abstracción, *el ser se identifica con el bien*. Incluso al declarar algo como malo, empleamos el concepto de bien, pues advertimos la ausencia de bien desde cierto punto de vista, que puede no ser el único. Cabe objetar que lo no-bueno no tiene que ser malo, y que en ocasiones decimos “esto no es bueno ni malo”. Pero lo no-bueno tiene al menos la bondad de no dañar. El mal, básicamente, es ausencia de bien, y, por tanto, de ser.

Aclaremos también que el concepto de “valor” es un inmediato sinónimo de “bien”, tanto en lo concreto como en lo abstracto. En cambio, “ser” y “bien” se identifican siempre y de modo real sólo en un plano de total abstracción o generalización. Desde las perspectivas concretas, como la gastronómica, la económica, la moral o la lúdica, no todo ser es bueno. Pero sí todo lo bueno vale algo. “Valor” *no expresa más que el bien en cuanto comparado*. Es lo que decimos con frases como “¿cuánto vale esto?”. No pregunta sin más si tal cosa es buena o no, sino una indicación comparativa con otro bien.

El concepto de bien, paralelamente al de ser, se aplica o predica de muchas maneras. Hablamos de “buena comida”, “buena excursión”, “buena construcción”, “buena moza” o “buen artesano”, etc. Como vemos, en ninguno de estos ejemplos el significado es de tipo moral, sino que varía desde el gastronómico hasta el técnico, pasando por el estético-sexual y el recreativo. Con excesiva imprecisión asumimos que basta hablar de “bien” para hacer un discurso ético. Lo cierto es que *hay muchos tipos de bienes, tantos como de seres*. Esto es así porque el ser se identifica con el bien. Mas en la práctica lo descubrimos en el hecho de que el bien de algo está en función de su ser. Las cosas son buenas según sean.

El bien moral es un tipo de bien entre una infinidad de tipos, aunque constituye el tipo más importante y específico de la vida humana. Como no todo es lo mismo, no todo tiene el mismo bien. Existe una jerarquía de bienes correspondiente a la jerarquía entre los seres de la realidad. Ni todo es lo mismo ni todo da igual.

Hemos establecido lo siguiente: *el ser se identifica básicamente con el bien y hay tantos tipos de bienes como de seres*. Entre las categorías de seres y bie-

nes los más importantes son los de tipo moral, porque en ellos hay libertad y, por tanto, autonomía, creatividad y señorío. Así pues, por un lado, hay que aclarar cuál es el matiz diferenciador entre estos dos conceptos tan básicos y universales del pensamiento humano y de la ética: el de “ser” y el de “bien”. Por otro, qué ordenación elemental podemos encontrar entre los tipos de seres y bienes.

“Ser” y “bien” son, en lo más profundo, sinónimos. Pero los sinónimos no son perfectamente idénticos y destacan distintos matices. Los conceptos de “ser” y “bien” no se confunden. “Ser” es el concepto más universal, abstracto y abarcador. Todo es ser. En cambio, “bien” concreta una valoración, un mayor o menor poder dentro del ser. En general, *el bien es el ser en cuanto capaz de ser, y, en concreto, en cuanto capaz de ser para esto o aquello*. Todo lo que decimos que es bueno, lo es para una u otra finalidad. Pongámonos los ejemplos que queramos. Además, en su aspecto más básico, que llamamos “metafísico”, el de su realidad fundamental, todo lo existente al menos es bueno para existir, es capaz de ser o existir. Si no, no existiría.

Aquí no nos confundamos con el aspecto moral. Cuando decimos que metafísica o básicamente todo es bueno, no decimos que todo sea moralmente bueno. Son dos planos distintos. El primero es de máxima abstracción, vale para todo, y muestra la identidad básica entre ser y bien, sin olvidar sus diferencias. El segundo se ciñe a un tipo de bien, el bien moral, que no es de todos los seres, sino sólo de nosotros los seres libres.

2.2. TIPOS DE SERES Y DE BIENES

Enseguida desarrollaremos el concepto de bien moral. Antes tenemos pendiente *una ordenación elemental de los tipos de seres y bienes*. Esto es nada más y nada menos que una clasificación de la realidad. En las diferentes ciencias estudiamos clasificaciones de aspectos parciales de la realidad. Es hora de plantearnos, por mejorable que sea, una clasificación general de la realidad. No parecerá rara, pues seguiremos el orden de las ciencias más generales. A la vez que distingue órdenes o tipos de ser, presenta diferentes calidades o tipos de bienes, en función de las complejidades y capacidades.

En primer lugar, distinguimos *el orden físico-químico*, el de átomos y moléculas. Se extiende a todo el universo. Es el más amplio, pero el menos complejo y desarrollado. Después, y situándonos ya en el privilegiado planeta azul, encontramos *el orden biológico*, a partir de la célula. Se constituye con elementos del anterior, pero le supera en complejidad y riqueza. En tercer lugar, nos ceñimos a los animales más evolucionados para señalar *el orden psico-social*, el de una vida

animal colectiva con un mínimo de conciencia. El cuarto y más cualificado, aunque el más restringido en cantidad, es el específico de la persona humana: *el orden filosófico-teológico*. En él se alcanza la mayor autoconciencia y autoestima, así como la libertad incluso sobre el sentido global de la vida. En este orden superior el hombre se muestra como espíritu, soñador de ideales y ser que trasciende los límites espacio-temporales. Es el orden de la libertad, de la auténtica felicidad, y, por tanto, de la vida moral y el estudio ético.

Vemos, pues, que esta clasificación representable en una especie de pirámide, da cuenta tanto de los tipos de seres como de los tipos de bienes. *A cada tipo de realidad corresponde un tipo o grado de bien*. Muestra un orden jerárquico, en el que, aun manteniendo su íntima relación, no se confunden ni equiparan los distintos niveles. Esto sería un reduccionismo de los tantos que ha habido, de corte materialista o espiritualista.

3. VIVENCIA MORAL Y ESTUDIO ÉTICO: EL BIEN DE LA PERSONA HUMANA

3.1. LA VIVENCIA MORAL

Hemos localizado el bien moral, sinónimo de “valor moral” y de “moral”, en la cúspide del conjunto de los bienes. Adentrémonos en él. *El bien moral, lejos de ser una mera noción abstracta, constituye ante todo una vivencia*, esto es, una experiencia profunda que deja huella en la persona. La moral es el hecho vivido, vivenciado. Es la vivencia por antonomasia. Por tratarse de una experiencia de libertad entraña un acto de inteligencia y reflexión, mas no es una actividad académica o de estudio.

Distinto es el proceso de investigación sistemática sobre los hechos o bienes morales, que constituye la ética. En la decisión moral se da un acto personal de reflexión relativo al caso particular. En cambio, la reflexión ética no se limita a una cuestión, sino que medita en general sobre los usos de la libertad, adoptando cierta distancia respecto del campo de las decisiones en las que uno se ve envuelto.

Las etimologías griega de “ética” (“*hqs*”, costumbre, “*eqw*”, acostumbro) y latina de “moral” (“*mos-moris*”, costumbre) coinciden en la idea básica de *costumbre*, hábito. Así se indica el arraigo interior y su manifestación comportamental. Lo acostumbrado por excelencia constituye la morada y el carácter, es decir, *el propio lugar de estar y el propio modo de ser*. Por ello, morada y carácter son las dos acepciones derivadas principales. También se toman dichas palabras en el

sentido de costumbre social. De hecho, la costumbre social marca bastante las decisiones libres de las personas. Pero no podemos olvidar la iniciativa individual frente a la costumbre social.

En todo caso, *no confundamos la ética, la disciplina de estudio filosófico, y la moral, el hecho de nuestra libertad vivenciada*. Son dos realidades vinculadas, pero distintas. No las podemos seguir confundiendo. La ética estudia la moral como la biología la vida material. La moral es nuestra morada interior, el propio modo de ser de nuestra vida necesario para ser libre y feliz. La ética es su estudio, necesario desde la educación elemental para todas las personas con uso de razón, y cultivado especialmente por los filósofos.

En esta perspectiva, podemos definir *la moral como la vivencia radical de la libertad en pos de la felicidad*. Analicemos esta definición.

Es *vivencia*, como hemos dicho, por tratarse de una honda experiencia que moldea el interior de la persona, crea hábito, costumbre. Esta idea se confirma en la etimología de "moral". Es una experiencia vital; toca la vida entera.

Además, si ya toda vivencia posee un notable calado, la vivencia moral es la de máxima hondura. Toca fondo en nuestra intimidad. Nos define más que ninguna otra. Es raíz de nuestro vivir. Por eso, *es radical*.

Como auténtica vivencia radical de la persona se centra en *la libertad*, entendida como el orientar la propia vida en un sentido global plenificador. Por supuesto, la propia vida está íntimamente ligada a la de los demás, por lo que ese sentido de progresiva plenitud se ha de compartir de lleno con los otros. Aun siendo la libertad una vivencia individual, nadie es libre a solas, en un desierto estéril de relaciones humanas.

Y la propia libertad bien entendida no es un crecimiento hacia la nada y sin riesgos: hay mucho que ganar y mucho que perder. La libertad comporta un sentido, una meta, así como el gran riesgo de la propia merma y hasta extinción. Es el buen uso de la libertad el que lleva a mayores cotas de la misma. Éstas se concretan en un auténtico desarrollo de la persona como tal. La libertad desarrollada y madura es la felicidad. La libertad camina hacia *la felicidad*, a la que por el camino va encontrando.

Ahora, en contra de lo que ingenuamente se cree, la libertad no es una mera descarga de ligaduras. Deshacerse de éstas es importante, si nos son impuestas y no nos dejan encontrarnos con nosotros mismos. Pero el verdadero madurar de la libertad estriba en asumir compromisos que nos definan, escapando de la nada de la indefinición y la tibieza. *La felicidad se alcanza y purifica jugándonos la libertad en el compromiso digno de nuestra voluntad inteligente*.

Desde esta perspectiva se capta cómo *la libertad, la felicidad y la virtud convergen. La virtud es la vivencia arraigada de libertad y felicidad. Es la realización de bienes o valores morales personales. Así, distinguimos virtudes como la sabiduría, la templanza, la castidad, la generosidad o la valentía. Son virtudes, bienes, valores y realidades de la vida humana que nos hacen personas libres y felices. Ser virtuosos no exige ser perfectos ni implica que todo nos vaya bien, que no suframos o que no padezcamos restricciones externas. Pero la persona virtuosa es libre y feliz, cuando menos en su conciencia. Sobre todo si alcanza la virtud más básica y más excelsa, la virtud del amor, sin el cual toda otra virtud, bien o valor carece de sentido. Amar es la realización auténtica de la libertad que llega a ser felicidad. Unos y otros habremos vivenciado de alguna manera todo esto. Ahora podemos reflexionar sobre nuestra vivencia de libertad, felicidad y amor.*

3.2. LA ÉTICA Y SUS PARTES

Definida la moral, que es vivencia, bien y valor, resulta fácil definir *la ética* como *la disciplina filosófica que estudia la moral. La filosofía es el estudio de las últimas causas del todo, de los últimos porqués del conjunto de lo real. Pues bien, la libertad, objeto propio de la ética, es una última causa de lo real, ya que distingue su ámbito de mayor perfección. De ahí que la ética represente la cima de la filosofía. Como tal, aunque orienta las decisiones claves de la vida, más que ser una “filosofía práctica”, como ha sido llamada, tiende a una comprensión contemplativa de los fines de la realidad y de la vida humana. La vida moral feliz, tras el trajín de las deliberaciones y decisiones, es contemplación del bien. En esta tesitura, la ética es la filosofía que contempla la contemplación moral.*

La ética, pues, es práctica y teórica a un tiempo. Es muy práctica porque afronta los concretos problemas de nuestras decisiones libres. Mas sobre todo es muy teórica o contemplativa porque también afronta los misterios de la vida humana. La ética no es un taller de reparaciones ni un simple consultorio moral. La vida moral y la libertad misma es algo más que una cadena de problemas particulares. La vida humana alberga auténticas realidades misteriosas que invitan a la contemplación y no se reducen a una simple problemática.

El problema es algo concreto, particular, cuya solución en principio puede buscarse. Supone más bien una dificultad práctica para seguir avanzando y, por ende, resulta desagradable. En cambio, lo misterioso de una realidad humana es, en sentido estricto, lo inabarcable, lo envolvente, algo atractivo y el ámbito donde encontrar el sentido global de la vida. ¡Qué diferente es decir “persona problemática”, que repele, y “persona misteriosa”, atractiva! Hay realidades cuyo aspecto inmediato es el problemático, mientras que su fondo general es misterioso. Los

grandes temas de la ética son elocuentes ejemplos: el amor, la muerte, la libertad, el sufrimiento, etc. Hay infinidad de casos problemáticos englobados en cada una de estas realidades, pero en su conjunto cada una es un misterio. Son misterios de la vida personal o moral, en sí misma un misterio. El misterio nos distingue, pues los animales también tienen problemas, pero no misterios. *La ética, distintiva del ser humano, es la contemplación del misterio que es la vida moral.*

Desde luego necesitamos distinguir el hecho vivido, la moral, y el estudio del mismo, la ética. Pero mucha gente y los medios de comunicación suelen confundir lo uno y lo otro. Prefieren usar la palabra “ética” para todo, porque les suena algo más razonado. *Se suele decir “esto no es ético”, queriendo decir “esto no es moral” o “no es bueno”. Comprendamos a los demás, pero nosotros pensemos y hablemos con más propiedad.*

Dado que la vivencia moral, como todo lo humano, posee una vertiente más individual y otra más social, cabe distinguir básicamente *ética social*, la de los grandes grupos sociales, y *ética individual*, la del individuo y su entorno inmediato. En realidad, ambas partes generales de la ética están plenamente imbricadas y se complementan.

Dentro de la social cabe distinguir *la ética política, las éticas profesionales, la ética o filosofía del derecho, la ética económica, la ética educativa o filosofía de la educación, y la ética de la comunicación*. En el ámbito de la ética individual señalemos *la ética familiar y sexual y la ética de la vocación*. *La bioética*, la ética de las cuestiones biomédicas (abortismo, suicidio asistido, clonación humana, etc.) es tanto de corte individual como de corte socio-político. No obstante esta división académica de partes, toda la ética mantiene su unidad en torno a la unidad de la persona, cuya libertad y felicidad ha de estudiarse en cada uno de estos campos.

4. FUNDAMENTACIÓN Y RESPALDO CIENTÍFICO DE LA ÉTICA

4.1. NECESITAMOS UNA FUNDAMENTACIÓN

En este artículo hemos visto que todo ser humano es ante todo persona y que la persona se distingue ante todo por su vida moral. Ésta no es sino el desarrollo de lo más personal, la libertad, cuya plenificación es la felicidad.

Siendo así, ahora cabe preguntarse qué sostiene todo esto, cuál es su fundamento. En cualquier actividad relevante, como la apertura de un negocio o un matrimonio, buscamos algún tipo de fundamentación. Un estudio de mercado nos da pie para aventurarnos en un negocio; un trato prolongado y atento nos da confianza para casarnos. Vemos que el sentido de la fundamentación puede ser más

o menos estricto. Salvo en ciertos ámbitos científicos, la fundamentación no suele ser incuestionable y absolutamente segura. Pero, en todo caso, *necesitamos algún tipo de fundamento en nuestras empresas humanas. Especialmente en la más importante y general de todas, la de ser feliz*, que es la que estudia la ética. ¿O es que el intento de ser libre y feliz es un capricho, una ilusión o un sentimentalismo sin base, sin razón profunda? ¡Qué superficial sería la ética si no diera un fundamento racional a la vida moral!

El relativismo, tan de moda hoy en los países consumistas, no ha de impedir tan necesaria fundamentación. Es muy endeble conformarse con meros tradicionalismos, ambiguas intuiciones o el estrecho propio interés como motivo de todo sentir y decidir morales. *No se trata sólo de una debilidad teórica, sino que por los caminos erráticos del relativismo, llegamos a aceptar monstruosidades*. Invoquemos el diálogo y el consenso, pero sin unos principios humanistas éste degenera en negociación sin escrúpulos. Hay que saber por qué y para qué sentimos y obramos. Indaguemos, intentémoslo. Buscaremos una visión global de nuestras vidas, de su sentido y jerarquía de valores.

Ceder a la cantinela relativista de que todo o casi todo por sí mismo da igual, de que todo depende del gusto solipsista del individuo o del gregario de un colectivo, aparenta apertura y prudencia. En realidad, es una claudicación de nuestra condición racional y da cabida a cualquier aberración. *La fundamentación, como toda argumentación, puede ir mejorándose, queda siempre abierta a revisiones. Pero no es serio renunciar a ella de antemano*. Sería tirar la toalla en el primer asalto.

Además, no es posible, porque toda afirmación moral se hace desde unos principios o fundamentos. Aunque se niegue fundamento a una teoría, en el fondo lo tiene, inconsciente o inconfesablemente. Tal vez no sea más que una serie de presupuestos arbitrarios, poco dignos del nombre de "principios". Mas, de cualquier forma, no se han de ocultar ni imponer los propios principios, fundamentos o presupuestos. Hay que airearlos, dialogar y discutir sobre ellos. *Si no somos capaces de discutir sobre los principios, no habrá auténtico diálogo ético*, pues de ellos dependen las demás cuestiones. Como mucho, habrá una negociación en la que el más poderoso, no el más racional y bondadoso, se impondrá por la fuerza bruta o del engaño. De hecho, esta imposición es frecuente. Tantas veces, notamos a lo largo de una discusión sobre moral que en el fondo no nos entendemos. Es que no hemos revisado el fondo. Partimos de presupuestos o principios distintos y ni si quiera los explicitamos. Al final, el más fuerte vence, pero no convence.

Una sana fundamentación no se confunde con rigidez o fundamentalismo. Precisamente contra este extremo nos vacuna. Una buena fundamentación aúna *la solidez y la coherencia* de unos principios generales, *la flexibilidad* ante lo peculiar de cada caso y *la comprensión* ante la subjetividad de cada persona.

Tiene cuenta de la relatividad de las cosas sin caer en un relativismo; tiene en cuenta la identidad y la permanencia de las cosas sin cegarse en un inmovilismo.

4.2. LA FUNDAMENTACIÓN METAFÍSICA

4.2.1) Presentemos primero la metafísica y su papel fundamentador. Y empecemos precisando que *fundamentar* algo consiste en contextualizarlo en el marco en el que se extienden sus raíces. Es abrir el horizonte de algo para hallar cuál es su último porqué.

El objeto de la ética, el ser y bien moral, que se concreta en vivencia de libertad, constituye el escalafón más complejo y perfecto de toda la realidad. Recordemos la clasificación de los tipos de seres y bienes. Por ello, de algún modo recoge todo lo real. La realidad entera es su contexto y por toda ella se extiende su raíz. Así pues, *en primer lugar, la ética requiere una fundamentación metafísica*. Nosotros ya iniciamos tal fundamentación al aclarar el concepto de bien y su equivalencia con el de ser. Tengamos presente que la metafísica o filosofía primera es el estudio y la contemplación de la realidad en cuanto tal, de su estructura y sentido global.

Podemos comprobar que es posible y necesaria tal fundamentación: *según es la visión general que se tiene de la realidad, surge un tipo de ética*. Según vemos la realidad o mundo que nos envuelve, así vemos nuestra vida. Es muy diferente, por ejemplo, pensar que el universo es un caos lúdico de fuerzas sin principio ni fin (Nietzsche), que es la creación amorosa de Dios destinada a la plenitud (judeo-cristianismo), o que es una mera masa de energía y materia sin particular sentido, pero con un orden reducible al de las ciencias físico-químicas y biológicas (positivismo).

No hemos de someternos a ciertos prejuicios contra el término “metafísica”, debidos normalmente a su mala o nula comprensión. Se asume que “metafísica” se reduce a cuestiones del “más allá” y puramente espirituales, sobre Dios, los ángeles y la inmortalidad de las almas. Otro craso tópico es el de encasillarla en una época pasada y presuntamente superada, sobre todo en el denostado Medioevo. Pero lo cierto es que la metafísica se extiende a toda la realidad, sea material o espiritual, y ha sido cultivada por una plural mayoría de pensadores de máxima talla en toda época. Abarca las cuestiones ontológicas, en torno al concepto universal de ser, las de teología natural, sobre el Ser absoluto, y las básicas de cosmología. Sin metafísica la mente humana carecería de una elemental unidad de objeto y reduciría su capacidad distintiva de abstracción.

Todos los filósofos y demás pensadores, tanto los que lo reconocen como los que no, e incluso toda persona que reflexione un mínimo, posee alguna visión metafísica, explícita o implícita. El simple uso de algún idioma, con sus concepto claves de “ser” o “existir”, comporta una estructura mental metafísica. Todos mantenemos una postura (teísta, deísta, agnóstica o atea) ante la existencia y el obrar de Dios. Los que han dicho enterrar la metafísica, no han hecho más que criticar, mejor o peor, un cierto tipo de metafísica. Para anular la metafísica tendríamos que dejar de pensar, porque todo pensamiento se da en el horizonte del ser. Sin el espacioso horizonte metafísico la ética perdería su perspectiva de conjunto y haría de las cuestiones compartimentos estancos.

4.2.2) Sintetizando al máximo, las principales opciones metafísicas para fundamentar la ética responden al criterio de si el mundo tiene suficiente orden y sentido. Casi nadie, sea de mentalidad científica o mítica, discute algún orden material. La cuestión es *si este orden de cosas, no carente de vetas de caos, constituye un ámbito de sentido para la vida humana.* Veamos tres opciones representativas de todo el arco de posibilidades: una irracionalista, una racionalista y una personalista. En ellas la metafísica, orden del ser, alumbró de inmediato una ética, orden del sentido.

- (1^a) Nietzsche encuentra el sentido en *un mundo en azaroso juego, más bien caótico, que vuelve sobre sí mismo en eterno retorno.* Tal cosmovisión retrocede al naturalismo pagano del eterno retorno. Absolutiza el mundo inmediato de los sentidos y del devenir al concederle todo el valor. El ser, concebido como pura voluntad que se autoafirma, no hace sino jugar. Por un lado, el individuo se autoafirma. Pero, por otro, se disuelve en el universo impersonal.
- (2^a) En cambio, aun sin rebasar tampoco los límites de lo material, el positivismo declara un perfecto orden científico en el mundo, sin veleidades lúdicas. Sustituye el retorno o regreso indefinido por *el progreso indefinido, que se abre camino gracias a la divinizada razón pragmática.* El ser, cuya cúspide es el humano, autosuficiente como colectivo social, carece también de un principio personal.
- (3^a) En realidad, la idea de progreso o avance lineal de la historia es de cuño judeo-cristiano. No todo es la ciclicidad de lo natural, pues un ser personal, Dios, da principio y fin, abre la historia y se compromete en ella. Frente al principio cósmico impersonal de las dos opciones anteriores, la irracionalista y la científicista, el judeo-cristianismo reconoce como *principio del universo un ser absolutamente personal.* Éste crea su obra personal, cuya cúspide es la persona humana.

El irracionalismo nietzscheano parte de lo impersonal y a ello regresa. El cientificismo avanza en pos de un estadio personal, pero sin base personal. En definitiva, la primera y la segunda posturas coinciden básicamente en representar una imagen naturalista, impersonal y anónima del mundo: ningún ser personal lo ha creado para ninguna persona. La persona no es ni principio ni fin de la realidad. Puede haber antropomorfismos y dioses en sus explicaciones, pero no un principio personal de lo real. En cambio, la otra gran alternativa es la que concibe el mundo creado y querido por un ser personal, Dios, en pro de las personas humanas. Ni la cosmovisión naturalista-anónima ni la personalista pueden demostrarse, porque son punto de partida para toda otra argumentación filosófica. Pero cabe razonar a favor de una u otra, sobre todo con vistas a lo que el humano descubre como un sentido vital más digno y coherente. *Para la persona es difícil atisbar un sentido más digno y coherente que una cosmovisión personalista.*

Junto al criterio del orden y del sentido personal del ser, está el del *grado de homogeneidad dentro del ser*. Tres son las posturas: la univocista, la equivocista y la analógica.

- (1^a) *La univocista* o monista uniformiza todo el ser. En definitiva, *todo es una sola cosa*, a pesar de la pluralidad y cambio superficiales. Esta postura suele ser de cuño racionalista y conduce bien al panteísmo (todo es Dios), bien al ateísmo (no hay Dios). Sostiene éticas conformistas, como la de los estoicos o la de Hegel.
- (2^a) La postura opuesta es *la equivocista*, que establece una heterogeneidad insalvable entre clases de seres y, a veces, entre todos los seres, al negar el principio de identidad. *No hay unidad en el ser*. Equivocistas son las visiones agnósticas y escépticas. Tienen ascendencia empirista. Aquí las éticas merman su capacidad racional y se tiende a la casuística y al relativismo. Otras derivaciones son el fideísmo, el emotivismo, el convencionalismo o el utilitarismo: en lugar de una consistente argumentación racional se reduce la ética, respectivamente, sólo a fe, a emotividad, a la opinión de la mayoría o a la inmediata utilidad mayoritaria.
- (3^a) *La analogía del ser*, bien asentada desde Aristóteles, representa un equilibrio entre los dos extremos anteriores. *El ser es a la vez uno y múltiple*, tiene un aspecto común y otro de diversidad. En principio, todo lo existente comparte el común ser universal. Asimismo, cada ente posee su identidad. Esta metafísica permite la apertura humana a la transcendencia. No confunde lo transcendente con nuestro mundo, como el panteísmo, ni obstruye la relación, como el agnosticismo, ni la niega, como el ateísmo. La ética consiguiente no tiene por qué ser heterónoma o dependiente. Antes bien, la libertad se ensancha en virtud de la apertura transcendente. Las máximas posibilidades de rea-

lización para la persona se abren en el equilibrio analógico: por un lado, la persona humana tiene su autonomía y, por otro, no queda encerrada en una mera vida mortal sin un origen y un destino dignos de persona.

4.3. LA FUNDAMENTACIÓN ANTROPOLÓGICA

El mismo planteamiento de este artículo de introducción a la ética muestra la necesidad de una fundamentación antropológica. *No en vano hemos comenzado nuestro estudio ético con el concepto de persona humana, el objeto de la antropología.*

La persona, como ser libre, es la protagonista de toda la vida moral. Su esencia es su vivencia moral. Ésta se desarrolla en la conciencia moral, que no sólo es algo más o menos humano, sino incluso el corazón mismo del hombre. Así, cobra todo su sentido afirmar la esencia moral de la persona, el principal bien de la persona. La persona se distingue en su ser, y crece en su bien, ante todo por su conciencia y vivencia moral, su vivencia de ser libre en búsqueda de la felicidad. *La vivencia moral es el corazón del ser y del bien humano. Por eso, la ética es el núcleo de la antropología. Por consiguiente, en la antropología halla la ética su contexto y fundamentación.*

Al fundamentar, como ya aclaramos, nos referimos también a un ámbito o contexto propio. La fundamentación no se reduce a un lejano cimiento. Las fundamentaciones metafísica y antropológica no sólo sustentan la ética, sino que constituyen su núcleo. De hecho, la definición ofrecida de persona, central en toda la ética, se compone de conceptos metafísicos y antropológicos. Definíamos diciendo *“unidad sustancial” (conceptos metafísicos) “libre” (concepto antropológico).*

4.3.1) Aproximémonos a una serie de antropologías fundamentales representativas de las desarrolladas en la historia del pensamiento. Sabemos que *según sea nuestra imagen del hombre, así será nuestra ética.* La clave es cómo veamos **la relación entre la naturaleza y la libertad.**

1ª) La más espontánea y generalizada antropología es la que no termina de distinguir hombre y naturaleza, la del *“homo naturalis”*. En mayor o menor medida, el ser humano siempre se ha reconocido distinto de otros seres naturales o artificiales. Pero la conciencia de constituir un orden netamente distinto y superior ha sido tarea de milenios. Aun hoy queda por extenderse en muchas culturas. Desde los pueblos primitivos hasta las culturas griega y romana, pasando por las “orientales”, precolombinas, etc., *lo predominate es una ley de la naturaleza, de tipo cíclico.* A ella todos los humanos e incluso los dioses se supeditan. Incluso para los

grandes pensadores antiguos grecorromanos la historia humana se circunscribía al esquema cíclico inspirado en la mecánica de los fenómenos naturales. Pensemos, por ejemplo, en el sucederse circular de las estaciones (decisivo en las sociedades agrícolas), de las mareas, de las fases lunares, de los ciclos femeninos de fecundidad, en la alternancia día-noche, etc. Todo tenía sentido desde esta circularidad preestablecida anónimamente desde siempre. Ni los mismos dioses escapaban al destino y no dominaban plenamente la naturaleza, pues no la habían creado, sino que más bien habían sido concebidos como personificaciones de fenómenos naturales (Helios, el sol; Silvanus, el bosque, etc.). Esta mentalidad ha rebrotado en el fisicalismo de filosofías contemporáneas, en algunos ecologismos extremos y en los esoterismos de moda.

2ª) Desde la prehistoria el hombre ha ido perfeccionando su instrumental. En este progreso ha habido avances que han marcado épocas. El momento a partir del cual la maquinaria alcanza un protagonismo superior al de lo natural es la Revolución Industrial del XVIII. Desde entonces sucesivas olas tecnológicas (electrónica, nuclear, informática, etc.) transforman cada vez más nuestro entorno. Así, también transforman nuestra mentalidad creando una impresión de independencia y superioridad respecto de la naturaleza. Surge de esta manera el “*homo faber*”. *El hombre se entiende a sí mismo ante todo como productor poderoso. Vive tan rodeado de máquinas, de sus productos y de explicaciones mecánicas, que termina viéndose como una máquina. Se ve como una máquina que construye máquinas para producir máquinas. Antes lo omnipresente era la naturaleza. Ahora, ésta se encuentra tan transformada por los artificios humanos, que pasa a un segundo plano. La divinidad sobra en este mundo-máquina tan bien autoprogramado o queda relegada a la función de primer arquitecto o programador de la gran máquina del mundo. Ya entre racionalistas (Descartes), empiristas (Hobbes) e ilustrados (La Mettrie) muchos sostuvieron imágenes mecanicistas del hombre (de su cuerpo o de todo él) y del mundo. Evidentemente, esta antropología se da en culturas bien industrializadas. Los problemas ecológicos, que reclaman una revalorización de la naturaleza, han hecho que entre en crisis. Pero los continuos avances tecnológicos parecen justificarla para la mente capitalista y consumista.*

3ª) Mucho antes de que la antropología mecánico-productivista del “*homo faber*” se configurara, la gran alternativa a la naturalista ya se había extendido por los cinco continentes. La antropología naturalista no deja de incluir también un notable mecanicismo, aunque no sea de factura humana y no se oriente a producir. Así es que no hay tanta diferencia entre el “*homo naturalis*” y el “*homo faber*”. La gran alternativa a lo cíclico y mecánico, al hombre-naturaleza y al hombre-máquina, es la antropología que distingue netamente al ser humano, hasta considerarlo trascendente. Así, *el hombre resulta plenamente distinguido y elevado*

por encima de lo natural y del producto de sus manos, lo artificial. Por supuesto, sin perder sus raíces naturales ni su relación íntima con sus propias obras. Mas le distingue su libertad interna o espiritual, ahora descubierta ilimitada. Lo natural en el hombre es no sujetarse sin más a un “guión” natural predeterminado. Su naturaleza es, precisamente, libre. Es el “homo transcendens”, que aúna lo natural, lo artificial y lo transcendente, su dimensión predominante. Tal predominio no significa que viva sin pisar tierra. Por el contrario, su clara distinción de lo meramente natural inaugura la historia como el tiempo de la libertad y el camino hacia la plenitud creativa. Frente a las morales del anónimo orden natural o de la productividad, aquí resalta la moral del amor, fruto de un principio de realidad amoroso y personal. Esta antropología surge con la concepción judeo-cristiana de un único Dios transcendente, creador de la naturaleza y que acompaña al hombre en la historia para elevarle a su misma dignidad divina como hijo suyo.

4ª) La fecundidad de la antropología transcendente no se limita a unos márgenes confesionales, sino que ha sembrado todo el pensamiento subsiguiente, incluidas corrientes adversas al judeo-cristianismo. Es el caso de la disparidad de movimientos agrupados bajo el genérico nombre de “laicos”. Exceptuados los grupos pesimistas, estas antropologías aspiran a un progreso humano sin precedentes que, aun contando con las máquinas, apunta a una autosuficiencia y un gran desarrollo humano. Asumen, así, una especie de autodivinización del hombre, sujeto único y absoluto de un desarrollo absoluto. Es el “*homo historicus*”, que hereda del judeo-cristianismo la visión de la historia abierta y progresiva, y no la circular, pero marginando el alcance transcendente y la base natural. Se sabe superior a sus propias máquinas y a la naturaleza, llegando a reducir todo su desarrollo a la historia, de la que se siente único señor. Tiende a negar en sí mismo todo lo que suponga una naturaleza permanente y común. Mantiene de la antropología transcendente la exaltación de la libertad y de la voluntad, pero sin miras que trasciendan esta vida. Así se observa en los distintos movimientos hegelianos, marxistas y anarquistas.

No es que la tercera sea la antropología “religiosa” o la “no-científica”. Ninguna es susceptible de una particular prueba científica, aunque pueden argumentarse con mayor o menor racionalidad. Las cuatro antropologías admiten y, de hecho, suelen asumir un papel importante de lo divino. La mente humana tiende a concebirse en función de un absoluto. A cada antropología corresponde una imagen del mundo y una de la divinidad. Ésta, según tal correspondencia, puede concebirse como: *un ser o fenómeno natural divinizado, un dios-relojero o arquitecto, Dios transcendente o sobrenatural o un endiosamiento del hombre.*

4.3.2) Otro criterio para diferenciar antropologías fundamentales para la ética es el de **la bondad del hombre**, unido al de **la relación individuo-sociedad**. En síntesis, son tres grupos, cada uno de los cuales sostiene teorías de diversas áreas humanísticas como política, economía, teología o psicología.

1ª) *Pesimismo antropológico e Individualismo*. El hombre es radical e irremediablemente egoísta. Por eso, es, de suyo, un individualista. Pero su interés le lleva a colaborar y a vivir en sociedad, de suerte que todos se benefician. Esta fórmula vale para el capitalismo (colaboración espontánea mercantil según la oferta y la demanda); para Lutero y los protestantismos (aceptación de la justificación divina sin mérito humano); y para Hobbes y otros defensores de dictaduras (absolutismo estatal aceptado como única posibilidad de subsistencia).

2ª) *Optimismo antropológico y Colectivismo*. El hombre es, por sí mismo, bueno y social. Sólo las estructuras sociales injustas lo pervierten y esclavizan. Cambiadas las estructuras sociales, el hombre recobra en sociedad su bondad y alcanza su plenitud en esta tierra. Así reza la antropología fundamental de los socialismos, tendentes en general al colectivismo. Pensemos en el marxismo, el anarquismo y en uno de sus comunes precursores, Rousseau. El anarquismo, no obstante, busca más un equilibrio entre lo individual y lo social.

3ª) *Revitalización íntima de la bondad y Personalismo Comunitario*. El hombre es naturalmente bueno, pero su misma naturaleza libre se halla dañada y propensa al egoísmo y a esclavizarse. La propia naturaleza social y convivencial del hombre se ve asaltada por inclinaciones individualistas o clasistas. Así las cosas, la propuesta es la de una revitalización de la bondad humana, no limitada a una restauración, sino que aspira a una exaltación íntima de la bondad. No se trata sólo de solucionar la convivencia u obtener un resultado, dejando el corazón humano sin la plena bondad a la que debe aspirar. Tampoco se reduce la solución a un cambio externo de estructuras sociales, que, sin más, nos haría justos. Las miras son más complejas y ambiciosas. Se requiere una constante revolución tanto externa como interna. Se trata de caminar hacia una plena sanación personal y comunitaria a la vez, que nos acerque a la plena bondad en la plena libertad. Esta antropología, principalmente sostenida por el humanismo católico y ortodoxo y por el personalismo, puede verse como postura intermedia entre las dos anteriores. Más bien representa un optimismo mayor aún que el del “optimismo antropológico colectivista”, pues alienta una esperanza, incluso transcendente, de compartir la bondad absoluta, lo que se denomina “santidad”. Ahora, no deja de asumir con realismo la frágil situación moral del hombre y la gran responsabilidad de cada individuo, haya unas estructuras u otras.

4.4. EL RESPALDO DE LAS CIENCIAS A LA ÉTICA

Las clasificaciones presentadas, cuyos criterios son complementarios, pueden ramificarse más. De momento *lo importante es abrir los ojos a visiones amplias y profundas*. Con otras obras y con nuestras experiencias personales seguiremos asimilando lo que aquí se ofrece en síntesis.

Ahora con una consideración del papel de las demás ciencias concluimos este capítulo sobre las bases o apoyos de la ética. En efecto, *además de contar con una general fundamentación metafísica y antropológica, la ética recibe apoyos parciales y especializados de diversas ciencias según la temática que estudie*. Debido a la propia trama antropológica de la ética estas ciencias son humanidades o disciplinas dedicadas al ser humano.

En cada problema ético *hay que partir de los datos más objetivos y comprobados posibles del área en cuestión. Antes de valorar debemos conocer la realidad*. Tales datos son suministrados por una o varias ciencias humanas implicadas: la biología humana y medioambiental, la medicina, la economía, la historia, el derecho, la politología, la antropología cultural, la sociología, la psicología, la pedagogía, las ciencias de la comunicación, la teología (relación hombre-Dios). Muchas personas emprenden acalorados debates éticos sin conocer bien la materia que juzgan. Confunden la libertad de opinar con el descaro de decir lo primero que se les ocurre o interese, o con repetir de modo borreguil el juicio de moda “políticamente correcto”. Ya por sí mismas las cuestiones éticas son las más profundas y complejas que existen. Si ni siquiera partimos de unos datos pertinentes, amplios y fiables, mejor es posponer el juicio.

Con todo, siendo el dato científico imprescindible, no es suficiente en ética y no sustituye el juicio propiamente ético. Es así, porque *más influyentes incluso que la ciencia académica son las propias experiencias personales y sociales, tanto en la decisión moral como en la explicación ética*. Partiendo de los mismos datos, se puede llegar a conclusiones éticas opuestas. Pero el diálogo, en principio, siempre es posible, habiendo un mínimo de buena voluntad y humanismo.

Un ejemplo clave es el del necesario respaldo biológico en cuestiones como el abortismo, la fecundación in vitro o la clonación de embriones humanos. En biología sabemos que el cambio sustantivo que marca la aparición de un ser humano es la concepción. En ella se pasa de dos células diversas muy perecederas a una única célula muy longeva, creciente hacia la maduración humana completa y con la nueva identidad genética y sexual de un entero ser humano. Al igual que otro ser humano puede morir, pero, en principio, su propia dinámica es la de crecer sin más aportación externa que la de protección y alimento, como cualquier bebé. No es un ser humano en potencia, sino un ser humano con muchas potencias.

Desde el día decimoctavo puede captarse el incipiente latido del corazón humano y antes de los dos meses funcionan todos los órganos de la nueva persona, que ya siente dolor, oye y recuerda. Estos y otros datos, como las elocuentes ecografías, son conocidos por muchos que, sin embargo, no quieren reconocerles valor. Por el mismo motivo son muchos los que aprueban el asesinato de seres humanos adultos. Pero otras tantas personas desconocen tal información o prefieren desconocerla y sólo argumentan desde posiciones infundadas, dedicándose más a descalificar al adversario, que a argumentar sus ideas y acciones. *Si desconocemos, marginamos o manipulamos los datos de la realidad, se acaba el diálogo y la racionalidad, y no queda más que el triunfo del poderoso, descarado y demagogo.* La moral es un campo donde se ejercita la rica y libre subjetividad humana, pero esto no es coartada para la arbitrariedad ni para la ley de la selva. La subjetividad no es subjetivismo.

Son innumerables *los ejemplos de apoyo científico a la ética como estudio y a la moral como vivencia.* Para casi todas las cuestiones es conveniente revisar lo que la historia enseña. La economía también está implicada en infinidad de problemas, como el hambre y la deuda externa. Las demás ciencias sociales muestran el contexto social para comprender mejor comportamientos y mentalidades. El derecho y la politología estudian y establecen de qué forma se tutelan jurídica y políticamente ciertos valores humanos o morales. La psicología y la psiquiatría son fundamentales para determinar el grado de conciencia y de responsabilidad de un sujeto. La pedagogía y las diversas ciencias de la información y la comunicación se ocupan de la transmisión de la verdad y de los valores morales.

En realidad, todas las actividades humanas aportan datos a la ética y por ella se ven iluminadas. Un caso muy significativo es el del vínculo entre la ética y las artes (literatura, arquitectura, pintura, cine, etc.). El arte como manifestación de la belleza tiene su autonomía, pero no deja de ser manifestación de la realidad, al menos de la realidad subjetiva del artista, y de la bondad humana o de su negación. *La vivencia moral es estética, embellecedora, y la vivencia estética, si es profunda, es moral, humanizadora, liberadora, felicitante.*

Un particular caso de relación de la ética con otras disciplinas es su especial vínculo con la teología, negado radicalmente por unos y exagerado por otros. La teología natural como parte de la metafísica ya queda incluida en la fundamentación de la ética. Ahora nos referimos a la teología confesional y, dado nuestro contexto cultural, a la teología cristiana, que es la más desarrollada. Ésta no puede ser reducida a un acatamiento catequético de dogmas o revelaciones sobrenaturales ni a un catálogo de prohibiciones moralizantes. Parte de una inteligentísima y crítica labor filológica y de exégesis de los textos revelados y de su contexto, que incluye estudios históricos y arqueológicos. La teología fundamental examina las propias fuentes, los métodos y la fiabilidad de la teología. La teología dogmática se ocupa

de exponer los misterios revelados en relación con la salvación y dignificación del hombre. Con esta viva sensibilidad dignificadora y salvífica entronca la teología moral, que viene a ser la ética teológica. Así pues, *dentro del panorama de las teorías éticas con gran arraigo cultural y un acervo imponente de racionalidad y rigor académico está la ética teológica o teología moral*. Hay otras teorías éticas, pero no cabe inventarse un dilema general entre ética y teología. El contraste está entre algunas éticas y la ética cristiana. Aunque ésta no se acepte de raíz, debe ser tenida en cuenta como primordial fuente de cultura moral en el mundo.

Por último, apuntemos *el problema de la super-especialización de algunas temáticas de la ética* en relación con ciertas ciencias que, a la vez, la respaldan y le plantean nuevos problemas. Esto se da en especial en éticas profesionales, que corren el riesgo de aislarse del resto de la comunidad de reflexión ética y sobre todo del núcleo filosófico de toda ética. Un ejemplo es el de la bioética, que algunos médicos reducen a ética médica, la de su profesión. Hoy es necesaria la especialización incluso en ética. No se puede ser un experto en todos los campos de la ética. Pero esto no exime de cultivar una visión global y profunda en torno a la unidad del ser humano como ser libre que busca la felicidad.

5. PLURALIDAD Y UNIDAD DE LA ÉTICA

Ya nos hemos referido a la pluralidad de teorías o escuelas éticas, que discurren paralelas a las tradiciones o corrientes morales. La ética es un campo de estudio muy plural, pero esto no significa que esté condenada a una total descoordinación y a una incapacidad para lograr argumentos objetivos y acuerdos razonados entre diferentes partes. *Como entre los propios seres humanos, cuyos corazones estudia, en la ética hay unidad y hay pluralidad*. Esto nada tiene que ver ni con el uniformismo ni con la atomización de posturas irreconciliables.

Entonces planteémonos qué razones hay tanto para la unidad como para la pluralidad. Ésta es la más fácil de captar y hoy se exalta hasta el extremo, sin advertir nobles tendencias compensadoras o unificadoras ni sutiles amenazas contra ella. *Entre los factores sociales e individuales que fomentan la pluralidad, están las diversidades de: edad, economía, instrucción y formación, época, ámbito cultural y lingüístico, sexo, posición social, personalidad, entorno familiar, salud, situación afectiva, trabajo y espiritualidad*. Conforme varíen estos factores, suelen diferir en algo la apreciaciones éticas.

¿Queda algo que nos una como seres humanos libres, como seres morales? ¿Desde dónde encauzar la unidad de la ética? Primero, hay que distinguir diversos grados de unidad. Ni en la sociedad más plural faltan numerosas y fundamentales

convergencias, esto es, cierto grado importante de unidad, dentro de grandes grupos sociales. No es que cada individuo o cada grupito piense algo distinto sobre cada tema. No hay millones de opiniones distintas sobre cada asunto moral. Con frecuencia las alternativas van de dos a cuatro, de modo que las demás posiciones son variantes matizadoras de las primeras. *Las religiones mundiales, las culturas más extendidas en el tiempo y el espacio, los intereses y los condicionantes comunes, el cosmopolitismo e instituciones como Naciones Unidas son factores de unidad.*

Si se busca la unidad completa de toda la moral, de todo el género humano, habrá que considerar que todos los humanos lo somos por algo: porque nacemos humanos, esto es, por nuestra naturaleza humana. Ésta no es un programa inflexible de comportamiento. Precisamente nuestra naturaleza se distingue por ser libre. No hay contradicción ni tensión entre nuestra naturaleza y nuestra libertad. Lo cierto es que hay actitudes y comportamientos que contradicen y esclavizan la naturaleza humana, mientras otras actitudes y comportamientos la dignifican y liberan. *La humanidad no puede detener su investigación sobre lo que realmente condice con nuestra naturaleza libre. Ella es la base de la unidad de la humanidad y del crecimiento en humanidad.*

Para la inmensa mayoría de los humanos de ahora y del pasado *un decisivo factor de unidad moral es la divinidad.* El común factor religioso se ve entorpecido por el aún escaso diálogo interreligioso. Sin duda es una vía de unidad todavía por vivificar. De hecho, es mucho más lo que en moral une a las religiones que lo que las separa. La ejemplaridad moral de las personas realmente religiosas de diferentes confesiones muestra tal unidad moral interreligiosa. Asimismo, muestra la inexistencia de contradicción entre la vivencia sobrenatural y la natural, entre la gracia divina y la libertad humana, perfectamente armónicas.

Tampoco hay, como hemos dicho, conflicto real entre naturaleza y libertad. En general, no lo hay entre los grandes valores humanos. *Hay unidad entre los valores humanos, los cuales son aspectos del único gran valor humano que es el propio ser humano.* Un ejemplo de artificioso enfrentamiento de valores se quiere plantear en bioética entre los valores de la vida y la libertad. *La libertad no es sino la del humano vivo.* Si se mata a seres humanos, es absurdo y cruel excusarse con la libertad de opción de otro ser humano más fuerte.

La unidad del humano y de sus valores debe entenderse como un todo orgánico y jerarquizado, no como un apelmazamiento confuso. Así evitaremos tanto los relativismos como los puritanismos. No se debe, por ejemplo, poner un valor o bien económico por delante de un valor o bien moral. *Y el supremo valor moral, el más unificador y cada vez más reconocido por la humanidad, aunque también el más manipulado, es el amor.* Sólo el amor lleva la vida humana y la libertad a su auténtica y máxima realidad.

Toda esta unidad que contemplamos, ha de plasmarse en una básica unidad de acción. Para ello conviene partir de unos criterios de prioridad en la militancia. A la hora del necesario compromiso personal en la sociedad habrá que ocuparse ante todo de las injusticias con un mayor índice en los siguientes criterios, centrados en el valor supremo de la persona: número de víctimas, grado de indefensión de las mismas, rango del valor violado y nivel de olvido o aceptación social de la injusticia. La esencia moral de la persona y su bien, aquí estudiados, reclaman de nuestro amor la entrega por los más necesitados.

PABLO LÓPEZ LÓPEZ